

derle? Si Él extiende su amor á todos, ¿por qué excluimos del nuestro á uno sólo? Y si tan altos bienes nos ha hecho, ¿por qué no le servimos cuanto nos es posible? ¡Ah! ¡Qué ingratitud la nuestra! Nos consideramos obligados á corresponder al amor de un vil gusano de la tierra, y no correspondemos al amor de Dios. Reflexionemos bien sobre esto, y, proponiendo lo que nos conenga hacer, pidamos con fervor por nosotros y por los demás.

154.—MISERICORDIA DE DIOS.

PRELUDIO 1.^o Representémonos á Jesucristo diciéndonos: «Quiero misericordia y no sacrificio».

PRELUDIO 2.^o Pidamos la gracia de conocer la excelencia de la divina misericordia, y de confiar en ella.

Punto 1.^o Misericordia de Dios, comparada con su justicia.—Considera cómo, aunque las divinas perfecciones, según están en Dios, todas son iguales, porque son el mismo Dios; sin embargo, en orden á los efectos en que resplandecen, una se muestra mayor que otra. Y así, aunque la misericordia y la justicia sean en Dios infinitas, brillan más los efectos de aquella; por lo cual dijo Santiago ¹: «La misericordia sobrepuja la justicia»; porque aquella precede, acompaña y sigue á ésta en todas su obras. Pondera cómo la misericordia siempre precede á la justicia, porque todas las obras de justicia presuponen alguna obra de misericordia en que se fundan, y antes de castigar Dios á los pecadores, les ha hecho infinitas misericordias y les ha perdonado innumerables veces, avisándoles que se enmienden y huyan de su justicia. De modo, que la misericordia y perdón nacen de Dios, el cual, por sola su bondad, desea librarnos de nuestras miserias; mas la justicia en el castigo no nace de solo Él, sino de nosotros, que con nuestros pecados lo provocamos á que nos castigue. Demás de esto, la misericordia siempre acompaña las obras de justicia, las cuales nunca andan solas, porque en medio de ellas usa Dios con los castigados de muchas misericordias, ya dando avisos á sus enemigos para que huyan de sus castigos, ya convidándolos con el perdón y moderando el castigo; y aun en el mismo infierno se deja sentir la misericordia de Dios, el cual castiga á los condenados *citra condignum*² menos de lo que merecían. Por fin, la misericordia es el fin de la justicia, porque los castigos de esta se ordenan á que el castigado se enmiende; y si él no quiere, á lo menos que otros, por ocasión de su castigo, acudan á la divina misericordia, y ésta campee y resplandezca más en los buenos, puesta en parangón con la justicia que se ejecuta en los malos. En vista de todo esto, ¿cómo

¹ Jacob, II, 13. — ² S. Thom., I p., q. 21, art. 4 ad 1.

no confías en esta misericordia infinita que se descubre en todas las obras de Dios? ¡Oh Dios eterno! Gózome de que seáis justo y misericordioso: yo venero humildemente vuestra justicia, y me sujeto á vuestra corrección; pero deseo que prevalezca en mí vuestra misericordia, haciéndome vaso é instrumento de ella, para que seáis en mí glorificado y yo cante vuestras misericordias por toda la eternidad.

Punto 2.^o Misericordia de Dios con los pecadores.—En este punto has de considerar la misericordia de Dios, que brilla especialmente con los pecadores, la cual tiene varias propiedades excelentísimas, que la hacen infinitamente digna de alabanza. Primeramente, su misericordia se extiende á todos los pecadores, de cualquier estado y condición que sean, sin excluir á ninguno. Todos tienen derecho á esperarla, ya sean libres, ya esclavos, ora grandes, ora pequeños, porque todos son hechura de Dios y obra de su omnipotencia, y porque Él ama á las almas, y del amor nace la compasión de las miserias que padece la cosa amada. En segundo lugar, la misericordia de Dios se extiende á todos los pecados, por muchos y graves que sean, porque ningún pecado puede ser tan grande que no sea infinitamente mayor la misericordia de Dios para perdonarle; ni pueden ser tan innumerables, que no sean incomparablemente más innumerables sus misericordias. Todo lo cual te ha de servir de título para implorarlas, diciendo con David ¹: «Compadécete, Señor de mí, según tu gran misericordia, y según la muchedumbre de tus misericordias, borra luego mis maldades». De aquí procede la tercera propiedad de la misericordia de Dios, que es esperar á los pecadores á que hagan penitencia, y convidarlos con el perdón, concediéndosele con gran facilidad cuando se lo piden, y olvidándose de sus pecados, como si no los hubieran cometido. Y lo que echa el sello es que no ha puesto tasa en las veces que ha de perdonar; sino que después de haber perdonado una vez muchos y graves pecados, torna segunda vez á perdonar otros tantos, y mucho mayores²; y lo mismo tercera vez. ¡Oh Dios misericordiosísimo! ¿Qué gracias y alabanzas os podremos dar por vuestras infinitas misericordias? Menores somos que todas ellas; ¿cómo os las podremos dar de un modo debido? Ellas mismas, Señor, os alaben y bendigan para siempre, y ensalcen vuestra bondad las maravillas que hacéis con los hijos de los hombres. ¿Hemos conocido nosotros la misericordia de Dios con los pecadores? ¿Serán parte para hacernos desconfiar la muchedumbre y repetición de nuestros pecados?

Punto 3.^o Misericordia de Dios con los justos.—Considera ahora con profundo agradecimiento las sublimes propiedades de la misericordia de Dios con aquellos que ha escogido para

¹ Psalm. I, 3. — ² Matth., XVIII, 22.

que sean vasos de misericordia, esto es, instrumentos para descubrir los abismos infinitos de ella. Con estos afortunados, la divina misericordia es eterna, sin principio ni fin, por lo cual dijo David ¹: «La misericordia del Señor con los que le temen es desde la eternidad por toda la eternidad». Y por esta misericordia los predestinó, y se determinó librarles de todas las miserias, y de la suprema de ellas, que es la eterna condenación. Luego esta misma misericordia los va previniendo, acompañando y siguiendo hasta la muerte. Ella los llama para justificarlos, y les justifica para engrandecerlos y glorificarlos ². Si están muertos en la culpa, la misericordia de Dios se anticipa á llamarlos para que resuciten á nueva vida; si duermen en la tibieza, ella los despierta para que salgan de tan funesto estado; si han de obrar algo, la misma misericordia los previene é inspira á ello ³; y para que perseveren hasta la muerte, ella los va siguiendo todos los días de su vida, y les ayuda á vencer las tentaciones y á alcanzar la victoria postrera, por la cual merecen la eterna corona. Mira, por fin, los altísimos bienes de gloria que para ellos ha preparado en los cielos; en donde, como dice David ⁴, la misericordia de Dios es grande, porque allí se despliega con los escogidos, y como el cielo dura siempre cubriendo la tierra, así su misericordia durará amparando eternamente á los que le aman. ¡Oh Dios mío y gloria mía! ¿Qué diré de vuestra misericordia? Ella se compadeció de mí antes que fuese; ella me crió para que fuese; ella me previene para que obre, me acompaña cuando obro; y me va siguiendo hasta que acabe de obrar; ella me cerca de bendiciones y me corona de grandes victorias, y ella me da grandes esperanzas de conseguir las eternas. ¿Seré yo tan ingrato, que no reconozca tales y tan grandes bienes? ¿No corresponderé con amor y fidelidad á las misericordias divinas?

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta razón exclamaba David que la misericordia de Dios era sobre todas sus obras! Si todos los caminos del Señor son misericordia y verdad, paz y justicia, no puede dudarse que las obras de la divina misericordia superan inmensamente á las que nacen de la divina justicia. La misericordia previene la justicia, porque antes que Dios castigue ha usado con el castigado de especial misericordia. Ella la acompaña, porque nunca el Señor castiga con todo el rigor y severidad que merecen nuestros pecados. Ella, en fin, la sigue, porque si da castigos, es para poder derramar misericordias, ó con los mismos que los reciben, ó con otros que los contemplan. De modo que en todo resplandece la misericordia divina, y el deseo infinito que tiene de hacernos bien. Mas en donde brilla con todo esplendor es en perdonar á los pecadores. Nadie, por vil y despreciable que sea, por enormes que sean sus pecados, por

¹ Psalm. cii, 17.—² Rom., viii, 30.—³ Psalm. lvi, 11.—⁴ Psalm. xxxv, 6.

más que haya abusado innumerables veces de la bondad divina, deja de tener derecho á esperar la misericordia de Dios y el perdón de sus culpas, mientras está en este mundo. Al momento que se humille contrito y practique los medios ordenados por Dios para conceder el perdón, el Señor le mirará con ojos misericordiosos, y se olvidará de todas sus culpas. Y si esto hace la misericordia divina con los pecadores, ¿qué hará con los justos? ¿Qué gracias les concederá? ¿Cómo los acompañará, seguirá, asistirá y ayudará en todas sus obras? ¿Cómo los defenderá en todos sus peligros? ¿Cómo pondrá su mano para que no caigan? ¿Cómo los levantará después de caídos? ¡Oh alma! Contempla extasiada tal exceso de misericordia, y conociendo la extrema necesidad que de ella tienes, propón no hacerte indigna de ella; aprovechate de los favores que te dispensa, y pide con confianza la gracia de saberte aprovechar, y asimismo las demás que necesitas.

155.—**OMNIPOTENCIA DE DIOS EN LA CREACIÓN.**

PRELUDIO 1.º Representate á Dios dando el ser á todas las cosas con un acto de su voluntad soberana.

PRELUDIO 2.º Pide agradecimiento á tan soberano beneficio y confianza en el poder del Señor.

Punto 1.º *Dios creó todas las cosas.*—Considera aquí cómo es un artículo principalísimo de nuestra santa fe, que Dios, con su poder infinito, dió el ser á todas las cosas visibles é invisibles que hay en el mundo, de modo que no hay en el cielo ni en la tierra una sola que no haya recibido el ser de Él. Acerca de lo cual has de ponderar cómo antes de la creación del mundo que cuenta la Escritura, no había cosa alguna fuera de Dios; era nada todo lo que tiene ahora ser, y sólo existía Dios, de quien todas las cosas recibieron el que tienen; y así, mirando á ti mismo, á tu cuerpo y tu alma, te has de despreciar, como que eres de la nada; y si ahora eres algo, antes fuiste nada, y por consiguiente digno de infinito desprecio. Pondera, además, cómo Dios nuestro Señor crió todas las cosas que existen, libremente y de su voluntad pura y graciosa, sin que hubiese quien le forzase, porque ni le forzaron merecimientos, pues no había quien mereciese; ni le forzó su necesidad ó interés, porque sin sus criaturas era bienaventurado, y ninguna necesidad tenía de ellas; ni le forzó la bondad de las criaturas, porque es muy limitada y no puede imponer á nadie necesidad de amarla, mucho menos á Dios; sólo por su bondad y misericordia se movió á criarlas para sí mismo y para gloria suya. Demás de esto, en esta obra no tuvo

¹ Gen., 1, 1.

Dios otro ejemplar y modelo que á sí mismo; de suerte que Él fué la causa eficiente de su creación, la causa final y el ejemplar perfectísimo de donde las sacó. Porque, descubriendo con su infinita sabiduría todas las cosas que podía hacer, y la traza y orden de ellas, escogió con su libre voluntad el que vemos, y con su omnipotencia lo ejecutó. Y dejó á otras infinitas criaturas en el abismo de la nada, y escogió criar las que crió; y del mismo modo dejó en la nada á infinitas almas, resolviendo dar el ser á la tuya. ¡Oh Dios sapientísimo y poderosísimo! ¿Qué visteis en mi alma para querer criarla, dejando otras innumerables en la nada? ¡Cuántas os hubieran servido con más fidelidad que la mía! ¡Cuántas os hubieran imitado con mayor perfección! ¡Oh Dios mío! Pues habéis sido tan generoso conmigo, concededme que os honre como á mi principio, os imite como á mi ejemplar, y os busque como á mi último fin.

Punto 2.º *Omnipotencia de Dios en la creación.* —Aquí has de considerar cuánto resplandece la omnipotencia de Dios en la creación del universo. Porque, primeramente, de tal modo le dió el ser, que no tuvo necesidad de algunos materiales para fabricarle, como la tienen los ángeles y los hombres para sus fábricas y obras artificiales, sino de nada hizo las partes más principales del mundo, dándoles su ser todo y entero, sin que nada de él precediese antes. De este modo crió el cielo y la tierra, y las substancias espirituales, como son los ángeles y nuestras almas, los cuales no pueden ser hechos sino de nada, para que conozcan la total obligación que tienen de servir á Dios con todo lo que son, y le den las gracias por todo, sin presumir nada de sí. Además, resplandece la omnipotencia de Dios en haber hecho unas cosas de otras de la manera que quiso; porque, aunque pudiera criar de nada todos los vivientes, quiso mostrar su poder en hacer que naciesen del agua los peces y las aves, y de la tierra las plantas y animales, para que se entienda que tiene pleno dominio y señorío sobre todas sus criaturas, mudándolas y convirtiéndolas unas en otras á su voluntad, y nosotros aprendamos á someternos enteramente á sus divinos mandatos. Pondera cómo también brilla su omnipotencia en haber hecho tan maravillosa obra á solas, como dice por Isafas: «Yo solo extendí los cielos y establecí la tierra, y ningún otro conmigo»; enseñándonos con esto que á Él solo hemos de rendir vasallaje, y adorar y servir como á Criador nuestro y Hacedor de todas las cosas, dándole la gloria de todo, y obedeciéndole con la misma prontitud y sumisión con que se rindieron á su ordenación las criaturas, sin resistencia ni demora; sino en diciendo *fiat*, hágase, aparecieron. ¡Oh alma mía! Ves que al poder de tu Dios nada resiste; ¿por qué no te sujetas á su imperio y mandamiento? ¿Por qué tú sola contradices á quien

¹ Isai., XLIV, 24.

todas las cosas obedecen? ¡Oh Dios omnipotente! Pues que me disteis libertad para querer y no querer, haced que renuncie á la que tengo para resistiros, y use siempre de la que me concedisteis para obedeceros.

Punto 3.º *Modo cómo obró la omnipotencia de Dios en el adorno de las cosas.*—Considera cómo, aunque pudiera Dios con su omnipotencia criar todas las cosas con toda la perfección que habían de tener, quiso adornarlas y perfeccionarlas poco á poco, en los varios días ó espacios de tiempo que empleó hasta la total perfección de ellas. Esto hizo por varios motivos de nuestro provecho. Primero, para que entendiésemos mejor y más distintamente la traza de la sabiduría divina en la creación del mundo, y aprendiésemos á meditarla, no á bulto, sino poco á poco y por sus partes, dando gracias á nuestro Bienhechor por los nuevos beneficios que cada día nos iba haciendo. Lo segundo, para que entendiésemos mejor la necesidad que había de las cosas que crió, mirando el primer día la falta que hacían las cosas que crió en el segundo, y en éste las que crió en el tercero, y así nos moviésemos á mayor amor y agradecimiento por cada uno de estos beneficios. Lo tercero, para que entendiésemos en esta primera obra de la creación, cómo Dios nuestro Señor guarda este mismo estilo en la obra de nuestra santificación y perfección, comunicándola, no toda junta de una vez, sino por sus partes y grados, primero un grado, después otro, por todo el discurso de nuestra vida, hasta que llega el sábado del descanso eterno, en el cual la obra debe estar ya perfecta, para gozar del premio del trabajo. Considerando esto, debes moverte á eficaces propósitos de agradecer con corazón humilde todos y cada uno de los beneficios de la creación, procurando que todas las cosas que ves te ayuden á levantar tu espíritu al Señor que te las ha dado; y, además, has de trabajar constantemente en tu perfección, para no dejar sin terminar tu edificio espiritual, haciéndote merecedor de eterna afrenta. ¡Oh Dios mío! Vos que me disteis un alma capaz de perfeccionarse mediante sus actos y los auxilios de vuestra gracia, asistidme eficazmente con ella, para que durante los seis días de mi vida mortal la vaya adornando y embelleciendo, de modo que, en llegando el sábado de la muerte, pueda subir al descanso de vuestra gloria.

Epílogo y coloquios. ¿Quién no se humilla profundamente al recordar la bajeza de su origen? Antes que Dios pronunciase el eficazísimo *fiat*, nada existía; ni cielo, ni tierra, ni hombres, ni ángeles; sólo Dios en su eternidad. Nosotros no éramos, ni hubiéramos podido existir jamás, si el Señor no nos hubiera sacado de la nada; esto fuimos, y esto seríamos aún, si Dios no nos hubiera mirado con amor. Pues, siendo tal nuestro origen, ¿cómo nos atrevemos á ensoberbecernos? ¿Cómo no reconocemos con agradecimiento la misericordia y omnipotencia que Dios ha usado

con nosotros? Dios es la causa eficiente, final y ejemplar del mundo. Él lo hizo sin necesidad de materiales, ni de auxiliares. Con la eficacia de su voluntad soberana, aparecieron las criaturas, se transformaron, mudaron y perfeccionaron. Para ello no se cansó, ni fatigó, ni necesitó auxilio; la obra del universo entero fué para Él como un juego, un entretenimiento: *ludens in orbe terrarum*; jugando hizo el orbe de la tierra. Y si no le perfeccionó en un momento, fué para enseñarnos á que despacio veamos lo que por nosotros ha hecho, le agradezcamos cada cosa en particular, y, á imitación suya, vayamos paulatinamente perfeccionando nuestra alma, hasta que llegue á la gloria. ¿Comprendemos los adorables designios de Dios en sus portentosas obras? ¿Sentimos afectos de gratitud por tan soberanos beneficios? ¿Procuramos imitarle de algún modo, perfeccionando gradualmente nuestra alma, sin retroceder ni pararnos en tan importante obra? Cuando llegue el sábado de nuestra muerte, debiéramos ser perfectos, y quizá nos hallemos más imperfectos que al principio de nuestra conversión. Tratemos ahora de prevenir tal desgracia con eficaces y prácticos propósitos, amorosos coloquios, y en ellos ardientes súplicas por nosotros y por todos.

156.—OMNIPOTENCIA DE DIOS EN LA CONSERVACIÓN.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesucristo enseñándonos que nada acontece en el mundo, ni la muerte de un pajarito, ni la pérdida de un cabello, sin la ordenación de su Padre.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conocer la grandeza del beneficio de la conservación y agradecerlo de veras.

Punto 1.º *Dios, con su omnipotencia, conserva el mundo.*—Considera aquí cómo todas las cosas que Dios crió en el principio y todas las que después de ellas se han ido multiplicando por su medio, dependen en la conservación de su ser del mismo Dios que se le dió; porque la conservación no es otra cosa que una continuación de la obra con que Dios hace una cosa. Y así como hizo todas las cosas con tres dedos de su mano, que son la bondad, la sabiduría y omnipotencia; así con estos mismos las sustenta y conserva, como dice Isaías ¹, y lo confirma san Pablo ², diciendo que Dios, con la palabra de su virtud, sustenta todas las cosas. Pondera con admiración cómo toda la máquina inmensa del universo está como colgada actualmente de la voluntad y poder de Dios, mucho más que la luz del aire está dependiente del sol. De tal manera, que, como ausentándose el sol, deja de ser la luz; así en queriendo Dios suspender su concurso, toda esta máquina se volvería á la nada; el sol se apagaría, la

¹ Isai., XLVIII, 6. — ² Hebr., I, 3.

tierra se disiparía, y todo el universo y los hombres dejarían de ser. De todo lo cual hemos de sacar grandes y provechosos afectos. Mira primeramente cuánta confianza te debe inspirar el pensamiento de que Dios todo lo puede, y que de Él todo depende, y apoyado en la omnipotencia del Criador, has de vencer los temores de las criaturas. También has de moverte á un santo temor de ofender á un Dios que actualmente te sostiene, y en un instante puede dejarte caer en el abismo, al modo que temerías ultrajar á un hombre que con tres dedos te tuviese suspendido de una torre muy alta, y en su voluntad estuviese el dejarte caer. Mas sobre todo debes humillarte, reconociendo tu propia pobreza, y levantarte á amar á un Dios que tal cuidado tiene de ti. ¡Oh Dios amantísimo! Ahora sí que quiero decir con el Profeta ¹: «No temeré los males, porque Vos estáis conmigo». Si Vos me conserváis, ¿quién me destruirá? Si Vos me defendéis, ¿quién me vencerá? Suplícoos, Señor, que no os apartéis de mí; porque si me dejaseis, sería conturbado, y perecería en mi miserable pobreza. ¿Demostramos en las obras esta creencia y confianza que tenemos en Dios como conservador de todas las cosas?

Punto 2.º *Bienes que encierra la conservación.*—En este punto has de considerar los innumerables bienes que encierra este beneficio de la conservación. Para lo cual has de ponderar cómo todas las cosas del mundo están eslabonadas de suerte que, para existir una sola, es necesario que Dios conserve la existencia á otras innumerables. Y así, todas las cosas que suceden en el mundo son beneficios tuyos, que el Señor hace por tu bien. Para darte alimento con que te sustentas, manda á las lluvias que te den su agua, al sol que envíe sus rayos, y á todas las demás cosas que son necesarias antes que el trigo se convierta en pan; y lo mismo puedes discurrir que hace para darte vestido, medicinas y demás cosas necesarias. Pondera también en este mismo beneficio la infinita caridad de Dios, el cual, pudiendo con su omnipotencia aniquilar cualquier cosa de las criadas, nunca jamás aniquiló una ni la destruyó del todo, sino siempre que destruye alguna cosa es para poner en su lugar otra; y si una se corrompe, otra se engendra; y ni aun en el tiempo del diluvio quiso Dios aniquilar á los hombres, á pesar de haber dicho que estaba arrepentido de haberlos criado. Considera, finalmente, los innumerables beneficios ocultos que encierra éste de la conservación; porque, sin nosotros conocerlo, ataja Dios innumerables cosas que la impedirían, y nos preserva de innumerables peligros de fuego, agua, aires corruptos, fieras, infortunios, ladrones, enfermedades y ocasiones de muerte. Y como ningún mal hay que padezca un hombre que no podamos también padecer nosotros, por lo mucho que sufren otros podemos deducir lo que nosotros

¹ Psalms. xxii, 4.

padeceríamos, si el Señor con su providencia bondadosa no nos librara. ¡Oh Soberano Bienhechor de los hombres! Gracias os doy cuantas puedo, porque, con espíritu de Padre, nos hacéis innumerables beneficios manifiestos y secretos; los unos para provocarnos al agradecimiento, los otros para enseñarnos á hacer el bien sin buscar nuestra alabanza; y unos y otros para que os amemos como á Padre que en todo busca el provecho de sus hijos. Haced que os sirvamos como hijos, haciendo los servicios con el mismo espíritu con que Vos hacéis tan innumerables beneficios.

Punto 3.º *Dios en este beneficio conserva, no sólo el ser, sino también el obrar.*— Considera aquí cómo todas las cosas están de tal modo colgadas de la mano de Dios, que dependen de Él, no sólo en el ser que tienen, sino en las obras que hacen; de modo que el mismo Dios las ayuda á hacer las obras, y las conserva todo el tiempo que duran; y si Dios suspendiese su concurso, no podrían hacer cosa alguna, ni usar de sus potencias; y lo que con la ayuda de Dios comienzan, con ella lo han de acabar, porque, si ella cesa, también cesará la obra. Pondera, acerca de esto, la omnipotencia de Dios en acudir al concurso y ayuda de tantas obras como hacen las criaturas del mundo, cielos, elementos, hombres y ángeles, sin faltar á ninguna, sin cansarse ni enfadarse, ni ocuparse más que si acudiera á una sola. De este concurso maravilloso estás gozando tú á cada momento; porque Dios concurre con tus ojos cuando ves, con tus oídos cuando oyes, y con el sonido que escuchas; con tu entendimiento y voluntad concurre á todas las obras que hacen, y, generalmente, con todos aquellos que algo te ayudan, porque, como dijo Isaías¹: «Tú, Señor, haces en nosotros todas nuestras obras». Este concurso de Dios en ayudar á sus criaturas es tan cierto é infalible, que, aunque concurre de su voluntad porque quiere, parece ya una ley necesaria, y si alguna vez deja de concurrir para bien de sus escogidos, como en el fuego del horno de Babilonia²; ya se mira como un estupendo milagro; y aunque las criaturas abusen de sus potencias para pecar y hacerle algún agravio, no suspende el concurso, antes por conservarles la libertad y guardar esta ley que Él se ha puesto, les da su concurso para aquella obra mientras dura. ¡Oh bondad inmensa! ¡Oh largueza infinita de nuestro soberano Criador! ¿Qué bondad puede ser mayor que hacer actualmente bien al que está al mismo tiempo abusando de aquel bien para injuriar al que se lo hace? No permitáis, ¡oh Amado mío!, que yo me aproveche de vuestra omnipotencia para hacer obras con que os ofenda; no consentáis que use mal de las criaturas, siendo Vos el que concurre con ellas para que me den gusto, y conmigo para que le reciba. ¿Reconocemos lo que por

¹ Isai., xxvi, 12. — ² Dan., iii, 50.

nosotros hace Dios? ¿Hemos abusado de su concurso para ofenderle?

Epílogo y coloquios. Si es infinito el beneficio de la creación que se ha dignado hacer por nosotros el Señor, no es menor el de la conservación. Todas las cosas que de Él han recibido el ser están de tal manera colgadas de su divina mano, que si un momento las soltase, volverían al instante á reducirse á la nada de donde habfan salido. Él las conserva con su soberano influjo; Él jamás ha aniquilado ni aniquilará una sola; Él, no sólo manifiestamente obra para conservarlas, sino que oculta-mente no cesa de apartar de sus criaturas aquellas cosas que podrían destruirlas. ¡Oh bondad inmensa de nuestro gran Dios! Él no se cansa, ni se duerme, ni se olvida un solo momento de nosotros. Estamos nosotros durmiendo, y Él vela por nuestro bien y defensa, detiene la enfermedad para que no nos saltee, enfrena á sus criaturas para que no nos dañen. ¿Y no amaremos á un Señor que tanto hace por nosotros? Y no sólo atiende á nuestra conservación, sino que concurre con sus auxilios para que podamos obrar y ejercitar nuestras facultades. Y en un mismo tiempo concurre con todas y cada una de sus criaturas para que lleven á cabo las obras á que están ordenadas; y, lo que más admira, es que si los hombres abusan de sus mismas acciones para injuriarle, aunque no concurre á la mala voluntad, concurre con todo á aquella acción. ¿No nos sorprende esta bondad? ¿Nos atreveremos á pecar contra este bondadosísimo Señor? ¡Qué atrevimiento! ¡Qué osadía! ¡Qué locura! ¡El nos da la vida, y nosotros pretenderíamos matarle! ¡El nos conserva, y nosotros haríamos por destruirle! Avergoncémonos grandemente de tan extraño proceder, y para lo sucesivo, armémonos con firmes y constantes propósitos de evitar todo pecado; pidamos auxilios al Señor, y roguémosle por la conversión de los pecadores y por todo el mundo.

157.—PROVIDENCIA DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Representate á Jesús diciéndote: «No seas demasiado solícito por la comida ni por la bebida; sabe tu Padre celestial que tienes necesidad de estas cosas».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de confiar, seguro en la amorosa providencia del Señor.

Punto 1.º *En qué consiste la divina providencia.*— Considera cómo la providencia de Dios consiste en una disposición y orden de los medios que tiene Dios para salir con sus intentos y para que todas las criaturas alcancen los fines para que fueron criadas. Pondera cómo tres cosas principales concurren á la providencia que Dios tiene de sus criaturas. Primeramente, Él, con su sabiduría infinita, desde toda la eternidad conoce y comprende todos los fines que puede pretender y pretende de todas